

Veinte Poemas

Alberto Vázquez



(La presente selección de poemas ha sido extraída de los libros "La plancha de acero" y "Moscas y obras de arte", galardonados, respectivamente, con un accésit en el IX Certamen de Poesía Villa de Pasaia y con el segundo premio del VI Concurso de Poesía "Imaginate Euskadi", ambos en sus ediciones de 1993).

El sacerdote dijo unas palabras
y aquel vino dulce que habíamos bebido
a escondidas, en la sacristía,
se convirtió en la sangre de Dios,
en una parte del cuerpo de Dios en persona.
Pasada la misa, miré en el interior del cáliz.
Quedaba un poco de líquido rojo en el fondo.
Lo bebí: era vino dulce.
El poder de nuestro sacerdote
es más grande de lo que creíamos.

Pude huir de la ciudad arrasada por los invasores
llevando conmigo una plancha de acero que,
apoyada en el tronco de un árbol,
me sirve de refugio en este bosque extranjero.
Oigo, por las noches, el sufrimiento de la madera
que cede, que cede...

Escucha, Franz, lo que te voy a hacer:
te voy a dar un nombre.
Yo ya tengo un nombre. Soy Franz.
No, ahora vas a ser Elquemiralapared.
Este es, desde hoy, tu nombre.
Me niego, yo quiero seguir llamándome Franz.
Quiero que mi nombre sea como el de todos,
un nombre vulgar y corriente
como Oscar, Héctor o Nicolás.
Debes llamarte Elquemiralapared
pues, al nacer, es lo primero que hiciste,
mirar a la pared.
Otros realizaron también actos de los que no son responsables:
lloraron sin lágrimas,
miraron la cara del doctor,
temblaron de miedo,
se estremecieron de dolor
y no por eso les niegas un nombre normal.
Yo ya he tomado mi decisión
y mis decisiones son inapelables.
Te llamas como yo digo que te llamas.
Franz levantó una gran piedra y,
dejándola caer sobre mí, me mató.
Soy libre, volveré a llamarme Franz.
Pero mi poder es eterno
pues yo soy Dios.
Desde entonces, Franz se llama Elquematoadíos.

Hay una horda de bárbaros armados
que desconoce el olor de nuestras rosas.
Son muchos, demasiados;
pronto habrán terminado con nosotros.

* * *

Quiero que mis amigos
hayan muerto antes de nacer yo.
Así, todos han tenido
la oportunidad de reencarnarse un poco en mí,
ser yo resumen de lo ausente,
hijo del mestizaje,
síntesis de lo infinitas veces improbable.

* * *

Todos los grandes artistas,
los que decimos genios,
moran un parnaso
de cupo restringido
al que nadie puede acceder
una vez completo.
No me equivoco si digo que
podríamos cambiar todos los genios de este siglo
por otros totalmente diferentes
y no perderíamos con el cambio.

* * *

Hago la guardia ante el portón de madera maciza
único acceso al país de los míos,
nimio poro en las murallas
infinitas hacia la gloria, finitas hacia los extremos,
curva que se encuentra en un lugar supuesto.
Hierático y severo me mantengo dentro de mi armadura metálica
embargado por la trascendencia de la misión:
defender a este país que llevo en las entrañas,
creo.
Enemigos y enemigos de la patria
me rodean por todas partes,
están delante de mí,
al alcance de mi espada
que, desenfundada,
silba en el aire un himno victorioso.
Espero, de un momento a otro, escuchar
el sonido de la carne al rasgarse,
el ruido de los huesos quebrados.
Necesito, nada más,
disipar el trazo ebrio de la mirada.
Parece que tengo los ojos llenos de mosquitos
que luchan denodadamente por huir.

* * *

Como el perro muerto que enterramos en el jardín detrás de casa
del que dentro de unos años sólo quedará el recuerdo,
del que dentro de muchos años no quedará ni el recuerdo,
acabará todo lo que heredamos de nuestros padres,
todo lo que hemos construido con nuestras manos,
todo lo que legaremos a nuestros hijos,
nuestros hijos a sus hijos,
los hijos de nuestros hijos a los suyos
hasta la generación que no podamos imaginar.
Todo lo que infinitos hombres y mujeres
puedan, en sus sueños más quiméricos,
crear, sentir, pensar, inventar, fundar,
será como el perro muerto y enterrado en el jardín detrás de casa
después de muchos años de muerto y enterrado en el jardín detrás de casa.

* * *

Y dijo Adán: sea Dios, mientras chasqueaba los dedos de la mano que no
sostenía la figurilla que, con arcilla y su propia saliva, había
realizado a su propia semejanza minutos antes de chasquear los dedos.

* * *

El misionero europeo señalaba hacia arriba con el gordo dedo
cuando explicaba el lugar donde vive el dios macilento
al negro brillante y desnudo que asentía con la sonrisa abierta
mientras los brazos estirados sobre la cabeza se estremecían
como las sólidas ramas de un árbol centenario
ante el poder infinito del único y verdadero dios de la sabana.

* * *

Me paseaba enfrascada en mis pensamientos un día de 1972
en torno a la nariz de una virgen de Miguel Angel cuando
un loco trató de asesinarme aplastándome con un martillo.
Suerte que estuve rápida de reflejos y el golpe se lo llevó el
mármol pero todavía tuvo tiempo el loco de intentar un nuevo
ataque que, afortunadamente, también acabó en la piedra antes
de que me pusiese fuera de su alcance volando lejos de allí.

* * *

Aquel negro intentó durante largas horas convencernos de que
el canto rodado que descansaba en la palma de su mano
tenía alma propia y era, además, digna de ser venerada.

El sacerdote nuestro hasta tres veces le explicó sosegadamente que
no es su piedra gastada y fría el lugar donde el dios reside
sino que la verdadera morada la tiene en ese templo oscuro y húmedo
en cuyos muros mean los perros y los niños y revolotean las moscas.

* * *

La sangre de la hierba brota si se rompe una brizna en el lugar exacto en el momento justo. Parece sencillo si no fuese porque ni el lugar exacto ni el momento justo nos son conocidos, sobre todo teniendo en cuenta que el universo nació hace quince mil millones de años y es extenso y de límites no conocidos. Dicen que si una mosca libase la sangre de la hierba se convertiría en una mosca de oro macizo, en una auténtica obra de arte.

El día que Dios decidió crear el mundo extendió, sobre su mesa de trabajo, una gran lámina de papel blanco diciéndonos así: Esta es vuestra casa durante cien días. Vivid. Nosotras, las moscas, lo hicimos y, al final de los cien días, Dios tuvo la hoja blanca de papel llena a rebosar de puntitos negros. Sonrió satisfecho. Era el mapa del mundo.

En un lugar que debe de estar entre las nubes pues siempre estos sitios acostumbran a estar por allí, aunque no hay al respecto datos que puedan ser considerados fiables, existe un pequeño hueco no más grande que un dedal donde viven miles de miles de millones de seres del tamaño de un electrón y que no son sino las almas de todos los insectos muertos desde que el mundo es tal.

Se me ha roto el corazón esta mañana de una fractura limpia y, en lugar de quedarse muertos los pedazos en el suelo, han echado a rodar, convertidos en dos bolas redondas de carne, calle abajo hasta que en una bifurcación una ha tirado por el camino que se llega hasta el puerto hundiéndose en la mar mientras que la otra ha ido a parar al fondo de la cazuela de unos gitanos.

La mosca que vuela sobre las provincias de este país tiene las alas de oro. Es una mosca espléndida, magnífica, la más hermosa que haya surgido nunca del vientre de una madre mosca. Incluso el zumbido de sus alas doradas es especial, tanto que si los grandes compositores de la historia lo hubieran escuchado hubiesen quedado prendados de la sutil belleza que de él brota. Lástima que el enorme peso de las alas macizas le impida remontar el vuelo con presteza y la convierta en un ser terriblemente vulnerable.

Hasta mi cráneo vacío será dentro de mil años una obra de arte encerrado en la urna de cristal de un museo futuro junto a una placa que rece cráneo de un hombre desconocido h. finales del segundo milenio DJC que un niño leerá estirando el cuello entre risas mientras el operario me embadurna de capas y capas de barniz protector cuyos vahos penetran en las narices de los visitantes.

El infierno es una habitación vacía en cuyo centro hay una silla de madera en la que sentado yo escucho por años infinitos el sonido que produce mi cabello al crecer.

Si Dios es la extrema expresión de grandeza y perfección y nosotros somos la obra maestra de Dios no puede El habernos creado feos e indignos, no debemos reconocer en nuestros actos pecados pues nuestra sola existencia es una obra de arte.

